

Ningún homenaje será estéril

Fabián Guerrero Obando

Los libros, ricos en rarezas y hallazgos, tienen no solo el poder de transportarnos, sino de mostrarnos lo que tenemos dentro. En este número, escritores y académicos como Carlos Vásconez, Francisco Delgado Santos, Oswaldo Paz y Miño y Fernando López Milán comparten sus visiones personales sobre este eje temático convocado por *La Revista*. Nos hablan no solo de lo que han descubierto en los libros, también de lo que les ha inspirado a cada uno de ellos. Nos sugieren, además, que los maestros bien podrían llegar a ser personas fascinantes, siempre y cuando disfruten de convertir a los estudiantes en lectores, enseñándoles una de las habilidades más importantes que se pueden adquirir en la vida, y que es la lectura por placer. No para los exámenes, ni para aprobar un semestre o un reconocimiento, sino por el placer de perderse en las páginas de un buen libro.

Virginia Woolf escribió una vez: “He soñado a veces que cuando amanezca el alba del juicio y los grandes conquistadores y abogados y juristas y gobernantes se acerquen para recibir su recompensa, el Hacedor, al vernos a nosotros, pobres, llegar con nuestros libros bajo el brazo, se volverá a Pedro y dirá: “Míralos; éstos no necesitan recompensa. No tenemos nada que darles. Les gustaba leer”.

Quizá porque el mundo más allá de los libros parece enorme y descabeinado, lleno de horrores que escapan de nuestro control. Por supuesto que estamos de acuerdo en que leer no es algo natural y necesario como caminar, comer o hablar. Y claro que no es una actividad vital, ni en el plano fisiológico ni en el social. Eso viene después; solo entonces implica una atención especialmente consciente y voluntaria hacia uno mismo. Leer literatura, filosofía o ciencia, si no se hace por trabajo, es un lujo, una pasión

noble o ligeramente perversa, un vicio que la sociedad no censura. Es tanto un placer como un propósito de mejora. Es una forma de salirse de uno mismo y del ambiente que nos rodea, pero también es un medio para conocerse mejor, para entender más y mejor la vida y la sociedad, el amor y la muerte.

Nunca se escribirá lo suficiente sobre los territorios del libro y la lectura, cierto, pero tampoco sobre el escritor, ese ser obsesivo y tenaz que batalla con las palabras en un mundo no completamente derrotado.

Esas personas que esperan vivir, no de un momento para otro, sino conscientes de su propia existencia. De las que saben que su más grande urgencia y el más difícil de sus logros está en hallar el sentido de sus vidas.

Es el caso de Raquel Rodas Morales.

El homenaje que *La Revista* le rinde está humanizado profundamente por la confianza, el recuerdo, la evocación, pero también por el cuidado y la firmeza del pensamiento y de la escritura de Raquel Rodas Morales.

Hay en las páginas escritas por Edith Patiño, Gabriela Ruiz, Jacqueline Costales Terán, Silvia Vega y Mario Guayasamín una nueva creación, precisa y lúcida del pasado gracias a un esfuerzo intelectual de selección y de recuperación de algunas realidades sumamente significativas. Si hay celebración de esos hechos, es tácita, implícita. La mirada sobre la vida y obra de Raquel Rodas Morales no resulta conmovida ni enfática, sino lúcida, objetiva. Es una suerte de reflexión histórica sobre el pasado y desde allí sobre la condición humana.

Este nuevo número de *La Revista* es una invitación a leer por placer y a releer la obra de Raquel Rodas Morales, que no es otra cosa que seguir buscando nuevas sorpresas.

Que no nos digan que el homenaje que eso supone será estéril.